

BODA DE SANGRE

Betty Soto Fernández

—¿Quiere un pañuelo? —le preguntó la mujer sentada a su lado.

Antímona apenas percibió su voz, dio un suspiro corto, pues se sentía inquieta y harta de los pañuelos. Antes de volver la mirada hacia la mujer, una caja verde en la que sobresalía un pañuelo se estrelló en sus narices.

—¡Ah, santo cielo! Lo siento ¿Le hice daño? —le dijo la mujer, apesadumbrada —bueno, séquese, le hará bien ¡Semejante herida!

—No tengo ninguna herida... gracias —contestó Antímona sin mirar la causa de la sangre y tomó el pañuelo de la caja.

—¿Cómo? Y entonces ¿de dónde sangra? —volvió a preguntar la mujer con intriga pero Antímona no respondió.

—Solo... solo del brazo —le dijo al fin, pasó por delante de la mujer, tocó la campanilla y bajó del bus.

Su brazo derecho sangraba.

...

Cuando Amaranto Prodigio llegó a Villa Palanca, el éxtasis fue mucho más grande que cuando Kamelia mostró por primera vez su Volkswagen avejentado de apenas dos ruedas en funcionamiento. La algarabía fue general y la novedad no reparó en intrascendencias como el cascarón del auto o sus ruedas. Esta vez, el júbilo fue restringido a los hombres y las mujeres cayeron rendidas a los pies del forastero, pues veían en él la personificación desconocida del mundo de afuera, aquel que escudriñaban leyendo ávidamente los diarios del "exterior".

Aún hecho un andrajo por el ajetreo de los viajes, el hombre lucía una figura

corpulenta y varonil; de su rostro envuelto en humo negro, se asomaban, algo tímidos, unos ojos pardos, cuya mirada denotaba una vida pasada fructífera y sosiega. Llevaba un pantalón negro de paño y una camisa plumiza, que tal vez había sido blanca, sujeta al pantalón por unos tirantes delgados. Sus zapatos, color cebra, eran lo que más atraía a las mujeres porque las líneas y colores formaban el mapa de su país natal ¡Una maravilla! Dijo sorprendida una mujer, comparándolo inevitablemente con los zapatos de yute de su marido.

Nadie supo cómo llegó. De los vagos comentarios del hombre poco se podía indagar, pues lo único entendible de su relato eran las mulas y las ruedas. Así estaba entre conversaciones turbulentas e inentendibles cuando se cruzó con Antímona, que intrigada por la masa de gente que pululaba cerca de la iglesia, dejó de ver hacia donde iba e intempestivamente rodó al suelo con un balde de pintura en la mano, que llevaba para renovar el color de su puerta. Amaranto eludió lo más rápido que pudo a la muchedumbre y fue directo hacia ella.

—¡Señorita, por Dios! ¿Está usted bien?

Antímona, más avergonzada por ser un pedazo de carne embarrada de pintura que por haberse raspado las rodillas, dijo tímidamente:

—Un golpe nada más...

Hasta que Amaranto advirtió un líquido fino de sangre que corría por su brazo:

—¡Oh! ¿También se raspó los brazos?

—Ah! No, no... es que me embarré.

Trató de levantar su cuerpo como pudo y corrió a tropezones. Menos mal que la pintura era roja, pensó, mientras apresuraba el paso. Amaranto vio cómo se alejaba esa dama, que instantáneamente ya le había robado el corazón.

Se enteró dos meses después de que el hombre seguía en la ciudad. Decidió que ya no valía la pena privarse de la libertad si él permanecería allí. De todos modos, las mujeres de Villa Palanca ya se habían ocupado de su manutención, limpieza y cuidado. Así lo indicaba su itinerario semanal: el lunes, Vanesa de Vainilla le daba camisas blancas y planchadas, además de calzoncillos y medias; los

martes, doña Regenta Amorosa, que regresó de su inexplicable claustro, le mandaba trajes elegantes y le llevaba panecillos de cebolla; hasta que al llegar el fin de semana, Amaranto se quedaba desvalido de atenciones porque eran los días en que los habitantes de Villa Palanca hacían votos de silencio y de aislamiento a fin de agradecer el retraso del Apocalipsis. Era, entonces, días en que Antímona lo veía desde la ventana, errando distraído por las polvorientas calles, sin casa y sin cuidados, mientras ella humedecía su brazo izquierdo sangrante en toallas blancas.

A la mañana siguiente, se dirigió presurosa hacia la casa de correos para recoger los diarios del exterior, tal vez podría saber de dónde provenía Amaranto y las costumbres que lo perseguían. Llevaba puesto un vestido negro que la cubría del cuello hasta las rodillas, dejando relucir unas botas negras que se fundían con el vestido e impedían ver sus piernas flacas; encima se cubría con un abrigo de plumas de cuervo. Solo cuando iba a la iglesia usaba un abrigo de color menos caótico; siempre y cuando tuviese doble forro.

En la fila de correos se encontró con Amaranto pero fingió no verlo. Él la abordó enseguida:

—¿Cómo está su brazo, señorita...? —le preguntó.

Ella cerró los ojos por un segundo.

—Antímona —respondió con un hilo de voz.

—Bueno, ¿cómo está, Antímona?

—¡Oh! Muy bien, muy bien, gracias.

En seguida le tocó el turno de ir hacia la caja y se apartó de Amaranto. Él se quedó a su lado con el propósito de esperarla. La encargada de la caja, una mujer con aspecto de sonámbula y parches en los brazos, le arrojó los diarios de mala manera y llamó a la siguiente persona. Cuando Antímona hizo malabares para agarrarlos, sus brazos blancos se expusieron a la luz, tiñéndose de hilos rojos.

—¿Pero qué demonios le pasa?! —le gritó Amaranto a la encargada de la caja, y luego volvió hacia Antímona que ya tenía embadurnado el brazo de sangre.

—¡Dios mío! ¿Y a usted qué le pasó?



Antímona se apresuró a cubrir sus brazos con las hojas del periódico.

—Nada... solo fue... el gato.

—¡Ah! —exclamó entusiasmado. —¿Le gustan los gatos? Y además ¿tiene un gato? ¡Vaya! Yo tenía doce en mi casa, allá en...

—Debo irme —le interrumpió y huyó con paso rápido hacia su casa.

Mientras caminaba, Antímona leía ávidamente los diarios del exterior en busca de algún dato sobre el lugar de origen de Amaranto, pero no encontró nada; en vez de ello, leyó que, en épocas remotas, los gatos —a los que hace poco invocó y que no tenía— eran amados como dioses y subyugaban a los humanos con sus vanos caprichos. Entonces pensó que podría necesitar uno, pero su idea fue abolida una vez que se enteró de que, actualmente, existían lugares donde los hombres los cazaban, estofaban y se los comían a su gusto.

Horrorizada y agitada, llegó por fin a su casa y al asomar sus ojos hacia la

fachada vio a Amaranto esperándola en el altillo de la puerta. Antímona sabía el peligro que corría, pero ahora le importaba menos. Lo hizo pasar y apenas conversaron; ella lo eludía con monosílabos mientras él acertaba la distancia para que ella sintiera su aliento, fue entonces que comprendió que en el país de Amaranto las cosas se hacían directas y sin tapujos. Al inicio, no evitaba ponerse nerviosa y mirar sus brazos cada cinco minutos; después, olvidó porque estaban cubiertos y se dejó quitárselos, y más adelante, se le borró de la memoria que el mal que la perseguía desde niña podría atacarle en cualquier momento. Solo las sábanas advirtieron el hecho y fueron recipientes de las gotitas que caían de su brazo con cada movimiento de placer.

Por fin se cubrieron los fines de semana desolados de Amaranto. Ahora solo estaban reservados para Antímona, y aunque el itinerario pocas veces se alteraba, a ella le encantaba: el desayuno, la pechuga de águila, los tés de hinojo, las flores muertas en el florero y el canto del gallo que la ponía lívida y la hacía desfallecer en sus brazos. Pronto se comprometieron a vista y paciencia de todos los ciudadanos, gran parte de ellos aplaudían con emoción, excepto las mujeres, quienes no estrechaban ni los dedos.

—¿Así que te casas? —le preguntó Kamelia, cuando Antímona esperaba en la fila de la casa de correos.

—¡Así es! —exclamó orgullosa. Ahora llevaba un abrigo más claro pero de doble forro.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Kamelia sin importarle.

—Eh... bueno, no sé... te pones un traje, brindas, te das de besos y...

—¿Luego te enmarrocan a la cama de por vida?

—¡Ay, Kamelia, por Dios! Bueno, justamente vengo a llevar los diarios de *afuera*, a ver cómo hacen allá... ya sabes que aquí el casamiento es un beso y a dormir.

—Es como un contrato —dijo Kamelia con gran seguridad, y luego reflexionó —o peor aún, te conviertes en algo parecido a su mascota... no sé si compran correas, pero...

—¿Cómo lo sabes?! —preguntó Antímona sorprendida y sintió un líquido correr por su brazo.

—Lo leí en un diario... en fin, me largo.

Antímona se quedó con la interrogante en la boca y supo que la sangre era incontenible.

—Ah, por cierto —gritó Kamelia —tengo unas mariposas Capulí que podrían ser buena decoración para tu sala.

—¡Oh!, ¡qué lindas! ¿Y no hacen nada?

—Están disecadas, Antímona. Sin vida, sin órganos, secas como hojas ¿entiendes?

—¡Ay, Dios, Kamelia!

Su futuro esposo le dijo que las mujeres "allá afuera" no se casaban con la mejor pijama que tenían como sí lo hacían en Villa Palanca, en homenaje a que una vez aceptado el compromiso, despertarían cada mañana irremediabilmente al lado de su esposo; le explicó que allá las mujeres usaban trajes largos en forma de cono invertido, cuyo blanco era deslumbrante. Antímona quiso vomitar.

—¿Muy blanco?

—Sí, mi vida. Blanco como tú, como tus dientes, como tus braz... ¡Oh Dios, sangre otra vez!

Los episodios no terminarían nunca. Así fue para Antímona desde los catorce años, cuando descubrió que su profunda angustia le hacía estallar las fosas nasales; tiempo después ya nada estallaba en ella sino que brotaba de manera natural. Nunca supo por qué el brazo y no los oídos o la boca o algo que tuviera alguna cavidad a la cual culpar; pues sangrar sin explicación alguna de un brazo era un infortunio tan carente de sentido que nadie tendría

que saberlo. Debo hacer algo pronto o no podré casarme, pensaba; el traje no resistiría por mucho tiempo, la sangre abatiría el blanco en plena ceremonia y los ojos de los habitantes de Villa Palanca estarían inmersos en la supuesta muerte inexplicable de Antímona. Imaginaba los gritos y la conclusión delirante: ¡Su mujer tiene una epidemia o posiblemente está maldita! Rechinaron sus dientes con furia y fue a buscar ayuda.

—¿Así que te vas a morir? —le preguntó Kamelia, mientras le examinaba el brazo.

—No, no. ¡Qué cosas dices! Pero me quiero curar, sino... sino no podré casarme de blanco.

—Sería como tener dos vestidos, blanco hasta que llegues al altar y rojo después de que te hayas vendido como un perro.

—¡Basta, Kamelia! Sé que detestas esto, pero ¿me ayudarás? —los ojos de Antímona eran de una súplica irreverente. Un abejorro voló desprevenido por su frente.

—¿Y qué quieres que haga? No soy médico, solo diseco insectos y animales salvajes—. Enseguida cogió al abejorro entre sus manos y lo aplastó.

—¿Cómo rayos les secas la sangre?

—¡Lo aplasté! —dijo mirando, compungida, al abejorro—. ¡Ya no puedo embalsamarlo!... Bueno, les aplico un líquido que limpia y detiene la hemorragia, es simple aunque luego terminan apestando.

Antímona observó a su alrededor y vio hermosas mariposas moradas, abejas y tarántulas que parecían dialogar con la mirada, cuya quietud las hacía más hermosas que en la vida natural; un poco más al rincón, divisó un puma de ojos penetrantes, y luego un venado medio golpeado y remachado que la despertó de su letargo. Ninguno tenía pizca de sangre.

—¡Kamelia, dame ese líquido que les das a tus bichos!, —le dijo en tono de súplica. —Bueno, pásamelo por el brazo, quizá pare...

Kamelia esbozó una sonrisa vaga. Fue directo a su mesa de trabajo y comenzó a abrir las alas de una mariposa.

—¡Mi padre cría gallos!, —dijo de pronto, Antímona, desesperada. Quizá... —y cerró los ojos con fuerza... —quizá pueda robarle algunos.

—No he probado con las aves aún —contestó Kamelia, desganada.

—¡Oh! Son hermosos, quizá... quizá podrías hacer una simulación de batallas entre gallos... disecados, desde luego.

—Quizá pueda cauterizar tu brazo —dijo entre pensativa y aburrida.

—Juro que lo haré. —suplicó Antímona.

—Está bien —y quebró el ala de la mariposa en sus manos.

La lluvia ascendía en gran proporción, la ciudad estaba fría y cubierta de neblina; aún así no cabían ni segundos para la tristeza, pues a la mañana siguiente se celebraría por primera vez una boda en la ciudad como "allá afuera", el lugar o los lugares que nadie podría conocer hasta que las carreteras fueran más completas y algún osado cruzara el camino sin pensar que la tierra era cuadrada y se lo devorarían los caimanes. Antímona llegó envuelta en un abrigo de piel de ardilla, su rostro estaba carcomido por las ojeras, y llevaba en la mano izquierda una jaula donde yacían dos polluelos amarillos y dos gallos robustos. Les dio una mirada afligida hasta que Kamelia abrió.

—¿Por qué el pollo tiene la cabeza roja?! —le preguntó molesta.

—¡Ay, Dios! Kamelia, lo siento...

—¡Otra vez tu maldito brazo! ¿No pudiste cogerlo con el derecho que no sangra?

—¡También tengo gallinas negras! ¡Lo juro!

Antímona se quitó el abrigo con temor, esta vez llevaba un vestido minúsculo

que dejaba sus brazos al descubierto; se apretaba el brazo izquierdo con unos pañuelos para evitar que siguiera goteando. Kamelia se acercó con una bandeja llena de líquidos. Antímona no vaciló ni una sola vez, se sentó y dejó expuesto su brazo izquierdo sobre la mesa. Kamelia procedió.

Su brazo era recorrido por un aire frío, como si hubiese sido cubierto de menta. Antímona apretó los párpados; el frío se convirtió en adormecimiento, pero a pesar de esa semifrescura, su frente exudaba a chorros. Se quedó dormida por unos minutos acompañada de imágenes que aludían a su boda: ella, vestida de un blanco extremo como sus brazos, por fin libres de sorpresas sangrientas; él, sonriéndole a lo lejos, esperando su llegada al altar. Pero pronto, la sonrisa primorosa de Amaranto se deformó en una sonrisa malévol, y divisó de un momento a otro, en las manos de su futuro esposo, unas correas de perro. Despertó sobresaltada, justo en el momento en que Kamelia limpiaba el líquido de su brazo. Pegó un grito de horror.

—¡Dios santo! ¡Dios bendito! ¡Estoy muerta! —dijo Antímona al ver un hueco profundo en su brazo. El experimento había funcionado, pues no se veía pizca de sangre, sin embargo, no dejaba de ser un hueco horroroso. Kamelia se sobresaltó y sumergió el brazo de Antímona en agua helada, pero el líquido se filtraba por el hueco y mojaba la mesa de trabajo.

—Arreglaremos esto ¿sí? —atinó a decir.

Trató de ver a través del hueco y le impresionó su tamaño; era como si una bala muy ancha lo hubiese traspasado.

—No, ¡por Dios! ¡Es un hueco, Kamelia! —decía Antímona aterrada ante tal cuadro.

—¿Y no te duele? —inquirió Kamelia, intrigada.

—¡No, no, no duele; ¡por Dios! ¡No siento ni una maldita cosquilla! ¡Pero es mi brazo! ¡Y es mi boda!...

—¿Nada, nada, nada de dolor? —volvió a preguntarle, apretando el brazo y hasta introduciendo un lapicero por el hueco de este.

—¡No! Pero... ¿qué diablos haces? —vociferó con rabia Antímona.

—¡Creo que acabo de descubrir algo!, —interrumpió Kamelia y los ojos comenzaron a llenársele de brillo. En seguida corrió a buscar un papel donde apuntar su descubrimiento.

—Espero que sea bueno —suspiró Antímona.

Kamelia resolvió despejar toda conjetura, y le clavó una mirada intempestiva a Antímona.

—Tendremos que cortar tu brazo —le dijo.

Ahora que Kamelia había descubierto los cortes sin dolor, supo que su suerte había cambiado. Por fin podría experimentar la taxidermia con humano. Y será muy buena porque no sentirán nada, pensó. Luego de comentarle la progresiva caída de piel de su brazo si no se deshacía de él, Antímona pensó que el mejor homenaje a su suerte sería dejarle un brazo a esta ciudad que casi le da un marido. No importa, reflexionó, pronto huiría y todo volvería a ser ¿normal? Cerró los ojos y apretó un pañuelo con los dientes.

No sabía que existían buses tan grandes en las afueras de la ciudad. Antímona pensó si esas eran las mulas y las ruedas de las que tanto hablaba Amaranto. Su larga chaqueta de piel de ganso sopesaba el brazo izquierdo que le restaba. Se sentó con la cabeza inclinada como las mujeres que saben llevar el aire de la resignación. Abrió la ventana y cerró los ojos. Una mujer entró al bus presurosa y estornudando, se sentó en el costado y sacó una caja verde de la que extrajo un pañuelo.